

1º PREMIO . XVII CERTAMEN RELATO BREVE AVAFI- 2025

EL VIEJO CUCO M.ª. BELÉN SELLÉS SANMARTÍN

La puerta de aquella casa siempre chirriaba al entrar. Era un lento y agudo quejido que anunciaba la llegada alegre o la triste partida de todo aquel que llegaba o se marchaba, siempre ligada al llanto.

Había sido la casa de sus abuelos, primero; luego, de su madre; ahora, suya. Ella todavía era joven, con hijos adolescentes, con trabajo, con pareja, con vida. Sin embargo, esa vida la arrollaba a cada paso que daba en su día a día. Y en la oscuridad de la noche, en aquella casa, que, a veces, parecía conservar el aroma de los abuelos en sus paredes, ella se sentía tan anciana como ellos, como si un hechizo invisible la vistiera de cien años en un solo momento.

La noche escuchaba sus penas, los dolores que la hacían prisionera a cada momento, dolor por todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, como si una garra le arrancara cada día sus pocas fuerzas y las pisoteara una y otra vez. No había ni un solo pedacito de ella que se salvara de aquel dolor asfixiante. El reloj de cuco de la abuela, que conservaba colgado en la pared de la salita, marcaba inexorable las horas muertas y la noche le parecía una eternidad. Desde la cama, hundida en el colchón y en la pena, contaba las horas con el cucú implacable del reloj. Maldecía cada minuto y se cargaba de impotencia ante su insoportable dolor, su insomnio y su fatiga. El reumatólogo le había diagnosticado años atrás fibromialgia y fatiga crónica, pero, salvo él y otros enfermos como ella, el resto parecía no darse cuenta. Esto le provocaba un continuo malhumor: enfadada, consigo misma, por esa sensación diaria de no poder más, a pesar de todos sus esfuerzos; enfadada, con el mundo, por la ceguera hacia su sufrimiento. Y con estos pensamientos se sumía, agotada, en un sueño que nunca era continuo, plagado de sobresaltos y de dolor.

A la mañana siguiente, se reconciliaba con el mundo y se perdonaba a sí misma por su desesperación. Volvía a ponerse en pie, un día más. “*¡Adelante!*”, se decía, “*¡Tú puedes!*”. Y lo intentaba de nuevo. Entraba en la dinámica del día a día. Luchaba por seguir en pie, seguir en activo, contra viento y marea. Hacía oídos sordos a su pena, absorta en su rutina. Todo se llenaba de un ruido ensordecedor, molesto, pesado, que solo escuchaba ella. A veces pensaba que el resto de la sociedad era inmune a todo lo que a ella le hacía daño. Pasaban las horas y cada minuto la iba exprimiendo más y más, agotándola hasta un extremo insostenible. Pero nunca desfallecía. Tenía que seguir adelante por la familia, por los amigos, por todos los que la querían, no parar, continuar caminando y avanzando, por ella misma, no dejar que el dolor y el cansancio le ganara la batalla. Y todo para no escucharse, no sentir con tanta intensidad el dolor, la pena y el agotamiento, aunque le pasara factura. Cuántas veces entraba en una habitación para hacer cualquier cosa, se detenía y pensaba:

“¿A qué había venido yo aquí?” y se marchaba y continuaba con cualquier otra cosa que, en ese momento, le venía a la cabeza. Olvidaba cosas importantes y recordaba, a veces, otras que no lo parecían tanto. Desde fuera solo la veían despistada. *“Es que tú eres así, un poco despiste”*, le decían unos. *“La memoria se entrena”*, le decían otros, *“Deberías leer más”*. Y ella, que había nutrido su mente siempre con tantas lecturas, ella, que deseaba tanto aprender cosas, de pronto, se veía incapaz de realizar lecturas largas, como si, en su mente, una bruma densa y gris borrara todo cuanto intentaba retener en su memoria. Y así cada día.

Tras una larga jornada de trabajo, de nuevo se encontraba junto a la vieja puerta de la casa, que la recibía con un chirrido familiar. Dentro, la familia ya estaba en casa. *“Ya estoy aquí”*, decía ella orgullosa de haber superado un día más. *“Hola, mamá”*, respondían los chicos. *“Hola, ¿todo bien?”*, preguntaba su pareja. Ella cerraba resignada a puerta, al dolor, a la pena y a la realidad, sonreía y respondía: *“Sí, todo bien”*. Y la vida continuaba su curso, escapando entre sus dedos como el agua de un río.

Se derrumbaba en el viejo sillón de la salita, frente al reloj, mirando ensimismada al cuco. De pronto, pensaba que también su abuela había estado allí sentada un día, callada, quejándose a ratos de sus achaques y sin que nadie se diera cuenta. Y entonces caía en la cuenta de que ya la había visto así años atrás, cuando ella era pequeña y su abuela era joven y recordaba el mismo agotamiento y dolor en sus ojos, invisible a todos. Posiblemente su abuela también había padecido fibromialgia y fatiga crónica y nadie había reparado en ello nunca. Suspiró, resignándose, pensando que, al día siguiente todo sería mejor y saldría de aquella tristeza, cansancio y dolor que la consumía. Y cantaba de nuevo el cuco, impasible a todo, como el resto de la gente.